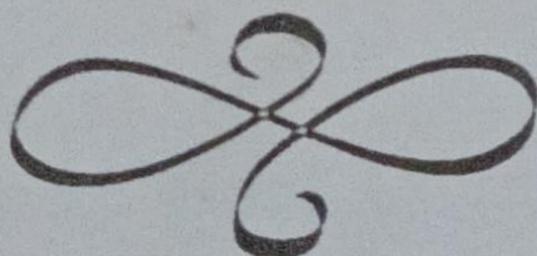


DOS MENSAJES SOBRE CULTURA Y ECONOMÍA

Dr. Armando Hart Dávalos



Dos mensajes sobre cultura
y economía

Armando Hart Dávalos

CONTENIDO

La cultura: motor principal de la economía 3

La cultura en el centro de la política
y de las ideas 27

Oficina del Programa Martiano
Consejo de Ministros
La Habana, Cuba
Enero 2010

LA CULTURA: MOTOR PRINCIPAL DE LA ECONOMÍA

Quiero, en primer lugar, trasladarles a ustedes cómo llegamos a la idea de que la cultura y el desarrollo expresan la respuesta revolucionaria a la globalización neoliberal así como cuáles han sido los conceptos en que se fundamenta nuestra experiencia.

Cuando en diciembre de 1976 asumí la responsabilidad de crear el Ministerio de Cultura y junto a un grupo de funcionarios emprendimos la tarea de organizar una vasta red de instituciones culturales y, especialmente, artísticas, dentro del sistema de la economía del país, adquirí plena conciencia de la importancia y enorme complejidad que tenía el hecho de que la producción espiritual era fuente de riquezas económicas.

Obviamente, esto era conocido por nosotros, pero al presentarse la cuestión en el plano muy concreto podía comprender mejor la naturaleza del desafío que se nos planteaba. Era ésta y no otra la mayor dificultad que tenía ante sí el nuevo organismo.

Otros verían la complejidad en el trabajo del Ministerio en sus vínculos con los intelectuales y artistas, sin embargo, al menos en Cuba, que por tradición espiritual la cultura nacional tiene fundamentos antimperialistas y populares muy profundos, tal relación no me ha resultado tan compleja como se suele apreciar desde afuera. Esto a partir de una política fundamentada en la cultura de Martí y de Fidel. Desde luego, en cuanto al arte y los artistas, los matices de la misma se hace mucho más compleja que con el resto de la sociedad dado el carácter de su producción y creación. La raíz de tal complejidad no está en los artistas, sino en la naturaleza de la producción intelectual.

Lo más difícil que teníamos delante estaba en abordar el desafío representado en el hecho de que la producción espiritual, de la cual depende la identidad nacional, estaba introducida en el campo minado del mercado. Se trataba de un hecho real que no podíamos pasar por alto.

Se comprenderá mejor el alcance del desafío si se toma muy en cuenta que siempre había abrazado las ideas de Fidel y del Che sobre la influencia de los factores subjetivos en la construcción del socialismo en oposición a las corrientes economicistas o de materialismo vulgar predominantes en el campo socialista europeos.

Sólo el enfoque totalizador de la cultura nos permitía, apreciada como segunda naturaleza, la creada por el hombre, valorar científicamente el papel de la ética en el desarrollo social e histórico. Sin una visión integral no hay posibilidad de un análisis científico del tema de la ética en su relación con la economía y la sociedad. Esta tradición de integralidad nos llegó a los cubanos por las tres figuras claves de la historia de las ideas de nuestro país: Varela, que nos enseñó a pensar; Luz y Caballero, a conocer, y Martí, con su genio intelectual y ético, a actuar consecuentemente a favor de la liberación humana.

Esta definición de cultura que nos viene de la tradición educacional cubana es la universalmente aceptada hoy y como tal la sostiene la UNESCO. Ello le permite a esta institución destacar que la cultura es el sector que desarrolla más amplias relaciones con todos los campos de la vida social. Una visión parcial, fragmentaria, de la cultura, lleva a una consideración unilateral que limita su influencia progresista en el curso de la historia de la civilización.

Por otro lado, en nuestro país, donde los medios de producción del arte y la cultura estaban y están en manos del conjunto de la sociedad, resultaba factible que la producción intelectual se insertara en beneficio del desarrollo espiritual. Así, creamos un sistema de instituciones culturales y artísticas y orientamos que los recursos económicos por éstas generados se emplearan en programas culturales.

No es objeto de la presente intervención señalar en qué medida lo logramos. Solo quiero subrayar que tras el derrumbe, un volumen importante de las divisas que el Estado debía emplear en este sector salieron de las ganancias de las propias instituciones culturales que pertenecían y pertenecen al conjunto de la sociedad socialista.

Como ya señalamos partimos de una concepción integral, es decir, como segunda naturaleza, la creada por el hombre, y la que lo formó como tal. Es la que nos diferencia del resto del reino animal. A partir de este presupuesto es posible, empleando incluso métodos propios de la economía —burguesa por esencia, si se aplican con rigor, mostrar la dimensión de tema de la cultura en la economía aunque solo veamos inicialmente la punta del iceberg. Valiéndonos de esos mismos métodos, pero mejorándolos, nos acercariamos más a la dimensión real del problema que nos ocupa.

Desde luego, los métodos económicos, especialmente los vigentes, no son suficientes para determinar todo su alcance, aunque los mejoremos, porque no se puede medir el universo con cintas métricas, es necesario utilizar años-luz. Como el universo en cuanto a espacio físico, la cultura tiene una influencia infinita en el desarrollo humano y por tanto en la propia economía.

En el análisis de la larga evolución del proceso histórico y en el terreno concreto de la economía e incluso de la contabilidad, se puede llegar a confirmar que esa mercancía, la cultura, rebasa el concepto de la expresión mercantil y conduce a una escala superior de lo que conocemos por economía. Hay que recordar propiamente que Marx, cuando hablaba de economía, se refería a la economía burguesa.

Es posible la cuantificación aritmética, y si se hace con rigor lo podemos comprobar de forma sencilla en casos concretos que tenemos a la vista. Pero la influencia de la cultura es de tal dimensión económica que resulta imposible medirla a largo plazo por las mismas razones que las extensiones en el espacio infinito no se determinan con

cintas métricas, sino con años luz. Esa influencia existe, es real, del mismo modo que lo es el universo.

El problema está en que el carácter social de la producción ha adquirido una dimensión muy superior y sigue creciendo a escala mucho mayor que la de finales del siglo pasado y principios del presente. Lo mismo ocurre con el proceso de internacionalización de las relaciones económicas.

La relación entre economía y cultura se aprecia de forma muy clara al investigar las razones por las cuales los hombres más informados en los regímenes capitalistas altamente desarrollados están promoviendo el arte y la cultura de acuerdo con sus intereses y dentro del esquema de su sistema social. La esencia del problema está en que, en la relación entre el productor y el consumidor, el arte y en general la cultura desempeñan un papel cada vez más destacado en el seno de la sociedad capitalista desarrollada. Esto se debe, en gran medida, a la amplitud y extensión que ha adquirido ese sistema, y a que determinadas capas de la población han alcanzado niveles de información que tienen que ver también con la función comunicativa que poseen la cultura y el arte.

Hay ejemplos muy concretos que nos lo muestran a simple vista. Examinemos los siguientes hechos:

- El Plan Marshall, fundamento del desarrollo económico de Europa en los últimos 50 años, no hubiera sido posible sin la base escolar, teórica, técnica y cultural en general que posee el Viejo Continente.
- No hay turismo sin cultura, aunque obviamente, como queda expuesto, los grandes consorcios imperialistas emplean las formas culturales para distorsionar sus esencias.
- La industria cultural no existiría sin la influencia de la cultura en la economía.

- Hollywood y la industria del entretenimiento serían impensables sin la cultura.
- La industria musical y en general la de entretenimiento es uno de los principales renglones que aportan al producto interno en los Estados Unidos.

Para mayor información, digamos lo siguiente:

- En los Estados Unidos el sector cultura, sobre todo por la producción y exportación audiovisual representa el 6% del PIB y emplea a 1,3 millones de personas, más que la minería, la policía o la forestación.
- En Francia el 3,5% de presupuesto familiar se destinaba en 1995 a productos culturales.

Se pueden, en fin, encontrar muchos más datos si se hace una rigurosa investigación al respecto.

Lo esencial está en subrayar que la relación entre la cultura y el desarrollo económico-social ha sido la única política eficaz para defender la identidad cultural nacional cubana que era, desde luego, el objetivo central que debía plantearse el ministerio de Cultura.

Llegué a comprender que el tema de los factores subjetivos que tanto movieron la atención en los primeros años de la Revolución, nos conducía a la idea del vínculo entre cultura y desarrollo como una prioridad de la política cultural.

En la reunión efectuada en 1977 en Moscú de los Ministros de Cultura de los países miembros del CAME, señalábamos que si la cultura no se asociaba al desarrollo económico y social, se crearían gravísimas complicaciones para el socialismo. Mas tarde en LaHabana, en 1988, en la última de esas reuniones acordamos plantear el problema ante el CAME a través de una comisión presidida por Cuba, pero la situación en el «socialismo real» estaba ya muy deteriorada y nada se pudo hacer.

Este tema vital ha sido tratado también en las reuniones de Ministros de Cultura de la América Latina y el Caribe. Fue la delegación cubana la que en la Reunión Mundial sobre Política Cultural efectuada en México en 1984, propuso la iniciativa del Decenio Mundial de la Cultura y en la reunión regional celebrada en Costa Rica debatimos el resumen del informe mundial sobre la cultura y el desarrollo, en base al mandato de la Comisión de la Cultura y el Desarrollo de la UNESCO y las intervenciones del señor Javier Pérez de Cuéllar al presentar sus tareas. Al repasar estos documentos experimenté la íntima satisfacción que cualquier persona siente cuando ve confirmadas en las intuiciones y convicciones de especialistas y científicos las suyas propias.

Si tal es el amplio consenso acerca de la importancia del problema, cabe preguntarse: ¿qué ha impedido o impide aún extraerles todas las consecuencias prácticas a estas verdades? La raíz de esta imposibilidad está en los intereses egoístas que en todas las latitudes y tiempo histórico han venido dominado y creando ideologías contradictorias a las mejores disposiciones humanas. En el centro de nuestros debates está el eslabón primario y más antiguo de la historia cultural: la cuestión ética.

En la historia de las civilizaciones nunca se alcanzó a elaborar un análisis filosófico, sobre bases científicas, acerca del papel de la moral y la cultura en la historia humana. Se hicieron trascendentales descubrimientos en el campo filosófico referentes a la economía, sociología y las ciencias históricas, sin embargo, el tema ético, tratado como una cuestión de las religiones -he ahí las razones de su autoridad- nunca alcanzó las cumbres más altas de un tratamiento científico y filosófico que explicara su necesidad en el desarrollo económico y social; este es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo que está a punto de comenzar. Puedo asegurarles que en la tradición cubana decimonónica hay sabiduría para estudiar el papel de la ética en la sociedad.

El maestro fundador de la escuela cubana José de la Luz y Caballero, señaló desde su formación cristiana y su enorme saber científico, los siguientes pensamientos que mueven a la más consecuente reflexión, en el sentido de la búsqueda infatigable de Los vínculos entre todas las ciencias (incluyendo las naturales con las de carácter espiritual y moral):

Pero, ¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio? De ninguna manera, pues así como en el estudio de nuestras facultades mentales hemos tenido que invocar las luces de la fisiología, aunque no sea más que para deslindar los efectos que pertenecen al instinto de los que corresponden a la conciencia, de la misma manera en la moral, donde se deben primeramente describir nuestras pasiones y las causas que las apagan y fomentan, es de necesidad apelar a aquella misma ciencia preciosa para determinar el influjo de Los órganos y funciones corporales sobre nuestros afectos morales, cuyo estudio presupone el de la física propiamente tal no menos que el de la patología. o conocimiento de los desórdenes de las funciones, toda vez que no se puede conocer bien al hombre sano sin conocer bien al enfermo y viceversa, tocándose aquí, como sucede a cada paso, apenas se profundiza cualquier departamento del saber humano, el estrecho enlace que existe entre ellos, no habiendo en rigor más que una ciencia, dividida y diversificada en diferentes ramas, a causa de la limitación de nuestras facultades, tan fuera de proporción con la inmensidad de la naturaleza.

Dije y repetí y probé que sólo el capítulo de la enajenación mental bastaría para dar las más importantes lecciones, así al psicólogo como al moralista y al jurisconsulto, sobre los puntos más delicados de

sus respectivas provincias. Todo lo cual prueba que la perfección de la moral en gran parte correrá pareja con los adelantamientos en este ramo de las ciencias naturales.¹

El sabio Fernando Ortiz, el científico cubano que de manera más abarcadora y profunda estudió y brindó, en el siglo XX, información acerca del concepto integral de cultura. Dijo:

*El dominio de la naturaleza sería insuficiente y hasta parcialmente infausto, pese a sus maravillosos adelantos materiales, si la misma ciencia, aplicada a las culturas humanas, no fuera la que en definitiva señalara las verdaderas e inexcusables necesidades de todos los pueblos y estudiara sus potencialidades de trabajo, organización e intercambio, sus deficiencias y cómo corregirlas, la mejor distribución de los recursos globales y la capacitación de las gentes para realizar los progresos de todo orden que van mejorando la vida integralmente: todo ello articulado en lo posible a las respectivas condiciones culturales, tradiciones, costumbres y apetencias razonables.*²

En efecto, podemos confirmar en la práctica que el desarrollo material, de no articularse, con la vida espiritual, y en particular con la moral, se producirán desequilibrios muy graves e el curso de la civilización porque tarde o temprano repercutirá sobre la economía, incluso conduciría a un colapso. La actual situación del mundo y de muchos países en particular, es una prueba evidente. Por esta razón, Cuba defiende con fuerza esa tradición histórica.

Los teólogos de la liberación han dicho que la insuficiencia de las ciencias sociales en el sistema dominante a

¹ José de la Luz y Caballero, *La polémica filosófica cubana, 1838-1839*, vol. 1, p.

² Fernando Ortiz

escala internacional está en que no tiene en cuenta una realidad clave. Y cuál es esa realidad que no tiene en cuenta? Ellos dicen, con toda razón: el dolor humano. Este tema apreciado desde el plano científico, en tanto ignorancia de lo real, es el tema fundamental de una ética que aspire a desarrollarse sobre tales presupuestos, ignorar el dolor humano es el gran crimen de los sistemas sociales vigentes hasta aquí. Tal ignorancia está en la raíz de las debilidades científico-sociales y filosóficas de los sistemas sociales dominantes. Martí señaló: «El que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella³».

Ha sido precisamente el mensaje ético en el que más ha insistido la Revolución cubana desde los años 60 en las voces de Fidel y del Che.

El cuerpo o armazón de la sociedad moderna está mostrando cómo el desgarramiento ético va paralelo a la degradación de la situación económica y del medio ambiente en el planeta. Hay que acabar de entender y extraer todas sus consecuencias de un hecho: la economía política no es algo ajeno a la cultura entendida ésta en su acepción integral, es decir, en tanto segunda naturaleza, la creada por el hombre. Sólo podemos estudiarla y conocerla en sus relaciones jurídicas a partir de las cuales se mueve, desarrolla y se vincula con sus fundamentos éticos. No existe economía política en su acepción científica ajena al sistema de Derecho y éste, parte esencial de la cultura, está íntimamente relacionado con los principios éticos.

El estudio diferenciado de esas disciplinas es una necesidad de la investigación y la enseñanza, pero para un análisis a fondo, es necesario encontrar su interrelación. Economía, derecho y ética forman un núcleo central en la historia de las civilizaciones. Bastaría recordar que el sistema de propiedad de los esclavos, de la tierra, de la fuerza de trabajo, de la plusvalía, van conformando la evolución

³ J. Martí, O. C., T. 6, p. 18).

económica en la historia de las sociedades clasistas y nadie puede cuestionar que en cada una de esas etapas se origina o se relaciona una forma de abordar el tema ético.

Hay verdades que el sentido común revela y que, ocultas tras una espesa madeja ideológica movida por ambiciones egoístas y por enfoques parciales, se pasan por alto y luego causan gravísimas dificultades. Una de ellas es que las civilizaciones nacieron, crecieron y se fortalecieron sobre el presupuesto de la savia espiritual y cultural que lograron generar.

En el mundo actual -que algunos quieren llamar postmoderno se ha impuesto tanto en el Este como en el Oeste, como una gran calamidad, el materialismo vulgar y ramplón, y se concreta la amenaza de que todas las contradicciones sociales, políticas, económicas y culturales se agudicen y multipliquen, se hagan incontrolables y conduzcan al fin de la historia, pero no al modo tecnocrático en que lo expuso un burócrata del imperio, sino como el último capítulo de la vida humana sobre la Tierra.

La ausencia de ética que se observa en todos los poros del sistema dominante a nivel internacional y cuya más descarnada expresión está en el hecho de que se debata en un salón de Ginebra sobre hipotéticas o reales violaciones de los derechos humanos mientras la ONU permanece paralizada ante las brutales violaciones y los actos bárbaros que se comenten en la zona de los Balcanes. Para los hombres y mujeres de conciencia ética es la prueba inequívoca de la tragedia en que está sumida la civilización moderna.

La oligarquía norteamericana, incapaz de gobernar dentro del derecho y la ética de la actual civilización, apela a la destrucción de toda cultura; quieren imponer un mundo monopolar, pero ello les resulta imposible dentro de los marcos de la moderna civilización. Cuando un país de emigrantes como Norteamérica desprecia a todos los que en su tierra no son blancos sajones, se apreciará el cuadro en que se mueven los conflictos de civilizaciones anunciados hacia el siglo venidero. Un mundo unipolar no puede nacer

ni sobrevivir sobre las ruinas de todo lo creado por la ciencia y la sabiduría humana de milenios de historia.

No nos dejemos engañar por la fría racionalidad de civilizaciones que se presentan tecnológicamente superiores. Los valores del espíritu que subyacen en la conciencia de la mejor historia del hombre, pueden tener, bien orientados, una influencia objetiva y decisiva para forjar una civilización más profunda y raigalmente humanista. No basta con la racionalidad ni siquiera con las más elevadas conclusiones científicas y filosóficas del materialismo histórico que la civilización eurooccidental elevó y exaltó en la edad moderna. Hacen falta la ciencia y la tecnología para el mejoramiento humano, pero hace falta, también, generar una voluntad de transformación de la realidad, y para esto es imprescindible el amor, que es la fuerza creadora de la vida humana. ¿Hemos reflexionado con rigor acerca de que la vida social crece y se desarrolla con la savia del amor? Hay que extraer conclusiones científicas y filosóficas de este hecho.

Es evidente que los poderosos intereses la distorsionan pero lo hacen precisamente porque la cultura tiene influencia real. No cabe negar el papel de la cultura porque de ella se aprovechen nuestros enemigos. Lo que debemos hacer es situarla en el centro del desarrollo económico social.

La cultura siempre ocupó un lugar destacado en los procesos productivos y en la economía. En el pasado, y desde luego en el presente, ha estado muy relacionada con los conocimientos tecnológicos y científicos y con el crecimiento de la riqueza. En la actualidad, y sobre todo en el futuro inmediato y mediato, el fenómeno se extiende de manera creciente hacia las operaciones de comercialización y como parte consustancial al papel destacado de la información. De esto se desprende que es necesario determinar la magnitud económica de la cultura y el arte.

No se puede renunciar a la acumulación de conocimientos, información y sabiduría alcanzados en el orden de las ciencias sociales en los siglos XIX y XX, y es incuestionable que cualquiera que sea el matiz o la interpretación que cada

quien tenga acerca de las ideas socialistas -empleando esta expresión en su sentido más amplio y sin entrar en un debate en relación con las diversas corrientes que al respecto han existido o existan- éstas, como conjunto, constituyen el progreso más alto que en ese orden se haya alcanzado.

Fue en la pasada centuria cuando, sobre el fundamento de los estudios económicos, filosóficos y de los más vastos planos de la cultura precedente, se crearon las bases para las ciencias sociales y económicas como las conocemos hoy. Sin embargo, no se alcanzó, ni podía objetivamente lograrse, una apreciación certera de la dimensión que iban a tomar ciertas verdades esenciales entonces descubiertas. Como siempre ocurre en la historia de la ciencia, nuevos planos de la realidad se revelaron en el proceso ulterior.

El avance de las ciencias sociales y económicas del siglo XIX, con su enorme riqueza, no pudo apreciar, en toda su magnitud y detalles, fenómenos como el papel de los movimientos migratorios, especialmente desde Europa hacia los Estados Unidos; la expansión económica de este país sobre el fundamento de su enorme extensión territorial; el desenlace y el significado de la explotación colonial y neocolonial; el gigantesco crecimiento de la productividad del trabajo y el entrelazamiento de todos y cada uno de sus factores con fenómenos de la superestructura que iban a darle un carácter diferente a la lucha entre los grupos y clases poseedores de la riqueza y las masas explotadas.

Esto, además de muchos otros elementos -entre los cuales se destacó el complejo proceso de la práctica socialista de las últimas décadas y su dramático desenlace- determinó que el siglo XX esté concluyendo con nuevas escalas de internacionalización bajo el dominio de un grupo reducido de países, sectores y clases sociales. Lo sustancial está en que la riqueza permanece en manos de las minorías y la pobreza de la inmensa población del globo se hace cada vez más aguda.

Con independencia de cualquier debate intelectual o científico en relación con las formas o modelos mediante

los cuales abordar el problema, el hecho existe, y tenemos que apoyarnos en el progreso alcanzado por las ideas y la cultura para abordarlo con seriedad y rigor. No es destruyendo las conquistas de la cultura universal como se puede avanzar. Todo adelanto sobre este presupuesto acabará provocando problemas muy graves. Y hay conquistas irrenunciables que salvaguardar, como la independencia y soberanía de los Estados y el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo, nación o grupo humano. Estas conquistas hay que garantizarlas como fundamento objetivo para asegurar que los nuevos alcances de la internacionalización de las riquezas no generen problemas aún más graves.

La ventaja que podemos tener sobre nuestros antecesores es la de adquirir conciencia del asunto y estudiarlo con precisión, y en ello a la cultura le corresponde desempeñar un papel irrenunciable.

Partimos de que los más altos niveles de internacionalización de la vida económica son hechos objetivos a los que no podemos renunciar; lo contrario sería encerrarnos en un caracol para, a la postre, vernos aplastados por la realidad. Pero su inevitabilidad no justifica que ese proceso perjudique y trastorne la vida social y espiritual de los pueblos. Aceptamos el desafío del desarrollo, pero hay que insistir en que este reto presupone principios éticos y culturales, y obliga a defender a la humanidad del holocausto, a los pobres de la miseria, y a la Tierra misma del desastre ecológico que ha denunciado la mayoría de los estadistas del planeta.

En fin, resulta imprescindible para la economía mundial, entendida ésta en su real sentido universal, que el desarrollo y promueva sobre el presupuesto de responsabilidades éticas y culturales, las cuales impidan que se aplaste la vida espiritual y la existencia misma de centenares de millones de seres humanos. Estos valores, para que tengan real significado, hay que planteárselos en términos universales. Hablamos de desarrollo de toda la humanidad y no

sólo de una parte de ella. En este problema está involucrada la propia existencia de la humanidad.

Sólo un sentido ético y cultural de validez universal nos permitirá entender la profundidad del drama económico y social que tenemos delante, encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo sistemático por vencer estos desafíos. ¿Podrá llegar a entenderse por la moderna civilización capitalista que la cuestión ética plantea en su actual estadio un abismo creciente entre riqueza y pobreza que está poniendo en peligro su propia existencia como sistema social? Lo mejor sería que los hombres que tienen mayor instrucción en las grandes oligarquías le hicieran comprender que no hay más salida para la humanidad, y, por tanto, para ellos mismos.

Sin embargo, no siempre las decisiones que se adoptan en relación con cuestiones de interés inmediato tienen en cuenta los objetivos que a largo plazo puede tener un sistema económico-social. En muchas ocasiones se toman en función de los intereses específicos de quienes adopten las medidas claves dentro del propio sistema. Suele prevalecer así un sentido pragmático y oportunista de la política de los gobiernos.

Los regímenes que se han mantenido más allá de las coyunturas adversas en la historia lo lograron porque dispusieron de dirigentes cultos y capaces de diseñar políticas a largo plazo que subordinaran los intereses parciales a los de carácter general y perspectivo del sistema.

¿Quiérese mostrar ante el mundo un ejemplo de la influencia de los valores espirituales en el curso de la historia? Sin ellos nuestro pueblo no existiría como expresión de creación hispánica; estaríamos hablando inglés, seríamos una estrella más de la Unión Norteamericana. Estamos aquí por la fuerza del espíritu que nuestro pueblo ha sabido articular con las realidades objetivas de la vida social. Sin la voluntad creadora y el heroísmo que históricamente se ha exaltado en el noble orgullo patrio de los mejores cubanos, no seríamos hoy un país con identidad propia.

En Cuba germinó tan fuerte el sentido heroico de la vida y el amor a la independencia, a la libertad y a la dignidad humana, que las fuerzas económicas más poderosas de los últimos dos siglos del Occidente civilizado no pudieron evitar el nacimiento, crecimiento y consolidación de una nación independiente. Esta historia tiene también fundamentos económicos, pero no se explica sin la presencia en nuestro pueblo de una cultura ética, una sensibilidad y una vocación irrenunciable a la independencia y a la libertad.

Sobre estos fundamentos, ética, ciencia y cultura como categorías diferenciadas en su diversidad, se ensamblaron en una identidad que forjó la sabiduría política de la nación cubana. Observando las realidades del mundo actual y sus peligros, hemos llegado a la conclusión que sin fortalecer este núcleo programático y sin reconocer las especificidades de cada uno de sus elementos componentes, nadie podrá, a escala universal, asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en una catástrofe de incalculables consecuencias para el futuro de la humanidad.

Hasta hoy muchos han situado a la cultura como medio de obtención y ampliación de riquezas materiales, como adorno, o a lo sumo como el conocimiento específico de las cosas. Pero ella es mucho más: es la diferencia entre el hombre y el resto del reino animal.

Los hombres tenemos que hacer algo. Se torna apremiante la necesidad de rescatar la ética humanista universal. Hay que respetar y exaltar en serio los derechos humanos, y el primero es el derecho que tiene la humanidad a sobrevivir. Se exige una síntesis de la historia cultural del universo para salvar del egoísmo a los hombres, a las naciones y a la propia civilización. Hace falta un programa matriz de todos los programas: la alfabetización ética que supone la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, el hombre.

Hay un tema clave, quizás en el orden práctico e inmediato el más importante: el de contrarrestar los terribles

efectos que tiene el control de la información y de los medios masivos y de difusión de la cultura. Por ahí están nuestros enemigos desencadenando su ofensiva anticultural; por ahí debemos comenzar a analizar cómo organizar la nuestra.

América Latina y el Caribe constituyen un escenario de enorme importancia para crear una plataforma de lanzamiento contra esa ofensiva. Esta región posee una historia y una vocación hacia la integración cultural y social de los pueblos y países que la integran. Entre nosotros no existen los conflictos que enconan las relaciones entre los pueblos de otras regiones y estamos mejor preparados para enfrentar estos desafíos. del Derecho Internacional que desarrollan los Estados Unidos, apreciarán cómo en ese país no poseen la integración cultural y social de nuestra área. En aquellas regiones, los yanquis han puesto en peligro todo el sistema político, jurídico e incluso ético de la moderna civilización. Tenemos base social y popular y la fundamentación cultural para iniciar la contraofensiva contra los que promueven el desorden y la anarquía.

Los imperialistas y sus aliados están tratando de desmontar no ya las ideas del socialismo que tras el derrumbe de la URSS consideran acabado, sino todo el pensamiento y la cultura creada por la humanidad en milenios de historia. Están tratando de desmontar la capacidad humana de pensar, amar y de solidarizarse con los demás.

Desde el Caribe, donde comenzó a formarse la historia de la edad moderna, debemos desarrollar una ofensiva informática y cultural contra las campañas de desinformación, tergiversación y engaño que vienen perpetrando las grandes oligarquías de Estados Unidos. Sugiero hacerlo con una idea expuesta por Martí cuando dijo: De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace; ganémosla a pensamiento.

Los imperialistas, en lo que la Europa culta llamó Nuevo Mundo, tienen el arma de la civilización material; nosotros, en América Latina y el Caribe, tenemos la de la cultura espiritual. Y si aquélla intentase aplastar a la nuestra,

ella misma sería aplastada, porque sin valores morales no hay civilización que perdure. Sólo vencerá la humanidad cuando venza la cultura espiritual y ética; sólo habrá el equilibrio entre las naciones a que aspiraba Martí, cuando los términos civilización y cultura se integren armoniosamente en una sola identidad. Este es el gran sueño del Nuevo Mundo.

Es necesario abordar científicamente el papel esencial que desempeñan los llamados factores subjetivos en la historia y en especial en la economía y, por tanto, en el presente y en el futuro de la Humanidad. Los estudiosos de la psicología y de la economía pudieran ayudar a este propósito de manera decisiva si analizan, a la luz del saber de estas disciplinas, la influencia de la educación y la cultura y en el curso de los acontecimientos.

Si analizamos en su esencia el tema de la subjetividad llegaremos a la conclusión que ella se desarrolla en las ideas y la promoción de la cultura. Desde luego, debemos entenderla en el sentido en que nos habló Fidel, se trata de la cultura general integral. He desarrollado con mayor amplitud este tema en un trabajo que he titulado ¿Qué es la cultura? ¿Qué podemos aportar para su examen?

Para determinar la importancia de la subjetividad en el desarrollo histórico les invito a estudiar tres ideas claves de José Martí:

- Sus concepciones acerca de la utilidad de la virtud.
- Sus ideas sobre el equilibrio del mundo.
- Lo que he llamado la cultura de hacer política presente en el Maestro y en su más importante discípulo, Fidel.

Obsérvese que no digo cultura política, digo cultura de hacer política porque, desde luego, el Apóstol la fundamentó en su inmensa cultura, pero es necesario estudiar en Martí y en Fidel cómo se hace política, porque se

supera el viejo postulado reaccionario de divide y vencerás por el de unir para vencer, y sobre una fundamentación ética universal.

En un evento científico sobre estos temas, podría llegarse a importantes conclusiones psicológicas, pedagógicas y filosóficas de gran interés político. Si los economistas y graduados de filosofía lo organizaran sobre el fundamento de las ideas del Che en relación con la influencia de los factores morales actualizándolas, desde luego, para nuestra época, sería de gran utilidad pero —actualizándolas, por supuesto. Las ideas de los grandes pensadores y los héroes, tienen significación en la medida en que se les actualicen.

La facultad de asociarse de manera consciente se desarrolló en los hombres, lo que permitió distinguirlos del resto de los animales. Marx y Engels en los manifiestos económico-filosóficos señalaron que la relación del hombre consigo mismo sólo se hace objetiva a través de la relación con otros hombres. El hombre aislado del resto de la sociedad no tiene existencia real y de ahí derivan ellos que la apropiación del trabajo ajeno es precisamente la razón de la enajenación, el extrañamiento de los hombres del producto de su trabajo.

El fetichismo de la mercancía y la enajenación del hombre consigo mismo sólo puede superarse con la socialización de los medios de producción y con el desarrollo cultural. Ambas propuestas son garantía definitiva de las aspiraciones socialistas. La tragedia se halla en que el hombre, a la vez, arrastra de sus ancestros prehistóricos a la fiera dormida que todos llevamos dentro —según Martí. Agregaba el Apóstol que, sin embargo, somos también seres admirables capaces de ponerle riendas a la fiera. Las riendas, desde luego, están en la cultura. En la facultad de asociarse Martí apreciaba el secreto de lo humano. Esto nos conduce a profundas reflexiones científicas y específicamente psicológicas y antropológicas.

Desde los Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844, Marx y Engels señalaron:

(...) que la relación del hombre consigo mismo sólo se hace objetiva y real para él a través de su relación con otro hombre. Así, si el producto de su trabajo, su trabajo objetivado es para él un objeto extraño, hostil, poderoso, independiente de él, entonces su posición ante éste es tal que alguien más es el dueño de este objeto, alguien extraño, hostil, poderoso e independiente de él. Si su propia actividad no es libre, entonces, la trata como actividad realizada al servicio, bajo el dominio, la coerción y el yugo de otro hombre.⁴

Ahí está la raíz esencial de las concepciones teóricas de Marx y Engels, nace pues, la enajenación como un hecho cultural, o mejor como un hecho generado por la tergiversación de la cultura.

Como han planteado con rigor científico los grandes humanistas de la historia, y lo confirman las más profundas investigaciones sociológica y antropológicas, la explotación del hombre puede ejercerse, precisamente, por el aprovechamiento egoísta de diversas manifestaciones de la cultura en favor de minorías y en contra de la inmensa mayoría. Esto puede visualizarse si analizamos el sistema mercantil a partir del fetichismo de la mercancía. Este es un hecho cultural, o propiamente, como decimos, anticultural, que se produce por el engaño de determinados valores fundamentales de la cultura humana. Puede afirmarse que la historia de la explotación del hombre por el hombre es también la historia del engaño cultural.

Toda civilización hasta aquí ha necesitado y necesita de la cultura y de su tergiversación con el fin de lesionar sus esencias en beneficio de unos pocos. De lo que se trata en

⁴ Carlos Marx, Manuscritos económicos y filosóficos de 1844, p. 82, Ed. Política, La Habana, 1965

el socialismo es de exaltar la cultura en su valor esencial: la justicia, y aplicarla a escala universal.

Engels, en sus memorables palabras ante la tumba de Marx, dijo que el mérito esencial de su ilustre amigo fue mostrar la verdad que había permanecido oculta en «la maleza ideológica de los siglos», de que el hombre necesita primero comer, vestirse y tener un techo y luego hacer arte, filosofía, religión. Con las enseñanzas de estos dos sabios y la experiencia práctica acumulada en el siglo XX, podemos encontrar otra verdad escondida en «la maleza ideológica de siglos»: la cultura constituye el principal motor de la economía.

Los hombres y mujeres de preocupaciones sociales y culturales estamos en la obligación de subrayar algunos hechos históricos de vieja trascendencia y de los cuales no se extraen todas las consecuencias posibles. La modernidad que deseamos para el siglo XXI tiene necesariamente que tomar en cuenta la historia y la prehistoria del hombre y algunos de sus rasgos distintivos.

La civilización esclavista de los romanos y el sistema colonial que establecieron no hubieran perdurado cerca de mil años la primera, y más de medio milenio el segundo, sin el prodigioso sentido práctico y la portentosa cultura jurídica que, afirmados en una extraordinaria producción intelectual, se reconocen hoy como una de las grandes virtudes del antiguo imperio.

En el ocaso del feudalismo, el ascenso del capitalismo europeo no se concibe sin la exaltación de la cultura clásica antigua y su renovación, expresada en lo que llamamos Renacimiento. Los procesos revolucionarios, las transformaciones económicas que ejemplificamos con la Revolución francesa, y que se extendieron por vastas regiones de la Tierra, son impensables sin los enciclopedistas y el pensamiento que entonces se creó. Asimismo, las ideas socialistas de los siglos XIX y XX no hubieran existido sin la cultura universal acumulada.

Del mismo modo, el movimiento revolucionario independentista de los pueblos de nuestra América se impuso sobre el dominio colonial ibérico porque fue receptivo a las tradiciones culturales y políticas más elevadas de la humanidad de su tiempo. Determinadas capas sociales de nuestra América habían asimilado una cultura política, jurídica y filosófica mucho más profunda y renovadora que la prevaleciente en la Metrópoli. Ellas se identificaron con los intereses de las masas explotadas y de la independencia de nuestros países.

Veamos el problema a la luz del desenlace dramático del socialismo real. Los cubanos conocemos las esencias del drama. Se cometió el error teórico de reduccionismo economicista relacionado con graves desviaciones prácticas, que desembocaron en la ruptura del sistema social vigente en la URSS y Europa oriental.

No se comprendió ni se le extrajeron las consecuencias que la relación entre la economía, de un lado, los sistemas jurídicos, los principios éticos, las ideas políticas y los valores de la superestructura, del otro, tiene una relación de causa y efecto con infinitas formas de expresarse. Se ignoraron las enseñanzas muy concretas que sobre esto nos había brindado Federico Engels.

Las causas fundamentales de que el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufriera un colapso tiene pues fundamentos culturales. La subestimación de los valores subjetivos y de lo que se ha dado en llamar superestructura y su tratamiento anticultural se hallan en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización. Estas son lecciones válidas para todas las civilizaciones porque ninguna de ellas hasta aquí ha estado exenta de grandes debilidades de carácter moral.

Lo que habría que censurarle al llamado socialismo real, es que no superó esta situación porque le faltó desarrollar una ética y una espiritualidad sobre el fundamento de la

justicia social que decía proclamar como ideal, no basta un programa económico social de beneficio para todos, era necesario que fuera acompañado de la exaltación de la ética como un elemento clave para la estabilidad de los sistemas sociales.

No se cometa el error de creer que esto es válido solamente para el «socialismo», sería de una superficialidad criminal, especialmente en una época en que la civilización occidental ha entrado en ese proceso de crisis, el cual está signado por el declive y retroceso de la oligarquía norteamericana en el dominio del mundo. Sus torpes agresiones y otras zonas del planeta acompañadas de torturas y violaciones flagrantes, no son expresión de poderío, sino de impotencia. Los grandes imperios declinan cuando la maldad y la estupidez se relacionan de manera dramática y muestran la inconsecuencia de un sistema erosionado en sus bases por contradicciones económico-sociales.

En los tiempos de la perestroika, alguien llegó a decir: ahora Marx quedará como cultura. Entonces dije: ¿y te parece poco? La crisis que sufre hoy el sistema dominante solo puede asumirse o encontrar caminos por vía precisamente de la cultura, cuya categoría principal —como hemos dicho— es la justicia. Hay que empezar por la justicia y tomar conciencia de que la cultura es su mejor bandera.

Por estas razones, frente a la globalización neoliberal y anárquica debemos responder con un tema clave que se viene abordando ampliamente en la UNESCO: Cultura y Desarrollo. Para tal propósito hay que tomar en cuenta cuatro categorías esenciales: cultura, ética, derecho y política solidaria. Hay cuatro categorías esenciales: cultura, ética, derecho y política solidaria. Ellas se expresan en lo siguiente:

- La justicia es la principal categoría de la cultura.
- La ética, sol del mundo moral, es una necesidad implícita en la naturaleza humana. Sobre el fundamento

de que el secreto de lo humano está en la facultad de asociarse, como señaló Martí.

- El derecho, cuya primera categoría es precisamente la justicia. Resulta indispensable estudiarlo como elemento sustantivo de toda civilización, recordemos que Martí postuló: «El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen»⁵.
- En cuanto a la solidaridad, debemos aplicarla en el sentido más universal del término.

Por esto, al subrayar la significación histórica y por tanto el valor de la tradición nacional cubana en el presente y hacia el futuro, proponemos plantearnos como objetivos para un programa de estudio y profundización en este tema, los siguientes:

- La cultura entendida integralmente es el principal motor de la economía.
- «Nuestra América», como nos llamó Martí, o nuestro «pequeño género humano», como nos caracterizó Bolívar, constituye la principal reserva universal para un diálogo constructivo en defensa de la Humanidad. Somos la mejor región del mundo para alcanzar este propósito y para ello debemos unirnos.
- La validez de tres ideas esenciales de Martí: la utilidad de la virtud, el equilibrio del mundo y la cultura de hacer política.

Para una interpretación acertada de estos valores debemos partir del principio martiano «Con todos y para el bien de todos»⁶ y para relacionarnos con el mundo este otro luminoso pensamiento suyo: «Injértese en nuestras repú-

⁵ J. Martí, O.C. t. 5, p. 108

⁶ J. Martí, O.C. t. 5, p. 108

blicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas»⁷.

En la articulación de estas categorías se halla la fórmula del amor triunfante y del equilibrio del mundo como postulaba el Maestro. Esta articulación solo se logra con el sello de una ética de alcance universal. La vida humana sobre la tierra está condicionada por las exigencias de esta ética superior que Luz y Caballero caracterizó así:

«Antes quisiera yo ver desplomadas, no digo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral.»⁸

Esta ha sido la más noble aspiración humana durante milenios y, en nuestros días se torna en la más importante necesidad práctica que Fidel Castro ha expresado en forma elocuente y a la vez dramática: *O cambia el curso de los acontecimientos o no podrá sobrevivir nuestra especie.*

⁷ J. Martí, O. C. *Nuestra América*, t. p. 18

⁸ José de la Luz y Caballero, *Aforismos*, Biblioteca Popular de Clásicos Cubanos, Editorial Lex, La Habana, 1960, p. 132.

LA CULTURA EN EL CENTRO DE LA POLÍTICA Y DE LAS IDEAS

El mérito especial de José Martí estuvo en que supo volcar su saber enciclopédico hacia la transformación revolucionaria de la sociedad de su tiempo; esto lo condujo a lo que he llamado *cultura de hacer política*. Ella consiste en superar la vieja y reaccionaria divisa de divide y vencerás y establecer la idea revolucionaria de unir para vencer; esto sólo es posible sobre el fundamento ético que incorpore al empeño liberador a la inmensa mayoría de las personas.

Si se defienden intereses privados o particulares no es posible lograr el apoyo ampliamente mayoritario. En cambio, si se exalta un deber universal y se procura el apoyo de la población sin divisionismos, se puede lograr la mayor unidad posible para vencer. Lo importante hoy está en que *el dividir para vencer* no resulta eficaz para un mundo globalizado, que necesita integrar esfuerzos con el objetivo de enfrentar los grandes desafíos que tiene ante sí.

La Revolución cubana se ubicó en los años 60 en la avanzada del movimiento revolucionario internacional, proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia, y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y a la justicia universal. Hoy, en los inicios del siglo XXI, nuestra patria de nuevo se sitúa en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento *filosófico* (subrayo la palabra) de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura como genuina creación humana en el centro de la política y de las ideas.

Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, Fidel se ha colocado hacia el siglo XXI en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Sus ideas están en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento filosófico de la contemporaneidad; lo hace situando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. No hay otra alternativa: o la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Coronar la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y específicamente éticos de la historia universal, es la única posibilidad de sobrevivir en una civilización agotada espiritualmente. En las ideas de la intelectualidad cubana de dos siglos, está nuestra fuerza, la que nos cohesiona, y también la que nos permite presentarnos ante el mundo. Esta concepción está en el sustrato del pensamiento de Martí y de la cultura cubana decimonónica y tiene como componentes esenciales:

- El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la habían interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Félix Varela y José de la Luz y Caballero.
- La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como rasgo distintivo, en Cuba nunca se situó en antagonismo con las ciencias.
- La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana. La inmensa mayoría de los Presidentes de la República en Armas, empezando por Carlos Manuel de Céspedes, fueron masones. Lo eran también Martí,

Gómez y Maceo. La epopeya de 1868 surgió con la influencia de la Gran Logia de Oriente y las Antillas.

- La cultura de raíz inmediatamente popular que está presente en el pensamiento y sentimiento de la familia de los Maceo Grajales y especialmente del Titán de Bronce, y que podemos definir como la forma y el sentido con que la población de origen africano —esclava o libre— del Caribe asumió las ideas de la modernidad.
- La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de donde partió hacia Nueva York en 1881 y proclamó: «De América soy hijo y a ella me debo». Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.
- Las ideas y sentimientos antiimperialistas del Apóstol surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui.

Para que Cuba emergiera como nación independiente fue necesario hacer frente a los designios de las principales potencias de la época presentes en la región y el logro de la unidad de los patriotas se convirtió desde el principio en un objetivo estratégico. La abolición de la esclavitud y la unidad frente a los factores adversos a la independencia confirieron una singularidad al pensamiento y a la cultura nacionales en relación con lo ocurrido en los procesos independentistas de las antiguas colonias de España en el continente.

Las raíces fundamentales de las ideas filosóficas de la cultura se pueden encontrar en los más grandes descubrimientos científicos de la historia de Occidente. Que el sistema social dominante, en Europa y en Estados Unidos, no haya extraído las conclusiones filosóficas que se derivan de sus grandes descubrimientos científicos, es prueba de su incapacidad para comprender el recorrido de la ciencia y

la cultura creadas por el hombre desde la más remota antigüedad hasta nuestros días.

Sin embargo, José Carlos Mariátegui, desde Indoamérica, con su saber profundo, en especial con la guía del materialismo histórico, exaltó el significado de los descubrimientos de estos tres hombres: Darwin, Marx y Freud. Afirmó que eran rechazados por las masas por razones psicológicas, ya que se resistían a admitir los aportes que, para la cabal comprensión del hombre y de la sociedad, habían hecho estos tres sabios. Decía Mariátegui que lo grande del hombre reside precisamente en que habiendo nacido de esas raíces $\frac{3}{4}$ el reino animal, la economía y el sexo $\frac{3}{4}$ se elevó a las más altas escalas de la espiritualidad.

La singularidad humana en la historia universal está en que el hombre toma conciencia de su propia existencia, de su pertenencia a la naturaleza, y se plantea como exigencia descubrir y descifrar el misterio de lo desconocido. Es el único ser viviente que tiene ese reto, de ahí nace la cultura hasta convertirse en segunda naturaleza. Ella es, a la vez, claustro materno y creación de la humanidad. No hay hombre sin cultura, y esta no existe sin el hombre, y este afán por descubrir lo lleva al extremo de intentar encontrar el sentido de su creación. No hay, obviamente, respuesta racional a este interés humano; sin embargo, en parte la puede hallar aquí en la Tierra, cuando asume que todos los hombres, sin excepción, tienen derecho a una vida plena de felicidad, tanto material como espiritual y, por tanto, facilitar que supere la enajenación social a que está sometido. Ahí surgen la ética y la necesidad de ejercer la facultad de asociarse, que Martí sitúa como el *secreto de lo humano*.

Alguien me dijo una vez críticamente que yo consideraba *que todo era cultura*. Le respondí: ella está en todo y donde no se halla se encuentra la ignorancia, el camino de la barbarie y también la mediocridad carente de entusiasmo creativo. Luz y Caballero señaló que el entusiasmo nunca fue patrimonio de los mediocres. Estas ideas

vienen de la tradición espiritual de la nación cubana y están presentes en la política de nuestra Revolución triunfante el 1° de Enero de 1959. Félix Varela ³/₄ dijo Luz y Caballero ³/₄ nos enseñó a pensar. Podríamos agregar: Luz y Caballero nos enseñó a conocer, José Martí a actuar y Fidel Castro a vencer.

Todo este aporte del patrimonio cultural cubano, de la unión entre pensar, conocer, actuar y vencer resulta cada día más necesario para enfrentar los retos políticos, ideológicos y culturales del siglo XXI. Debemos asumir plenamente estos desafíos con Martí y sus radicales concepciones acerca de la educación como medio eficaz para alcanzar la felicidad y el mejoramiento humano: *Ser bueno es el único modo de ser dichoso/ Ser culto es el único modo de ser libre.*

Hay un pensamiento de Fidel Castro que es clave y síntesis de lo que hemos dicho o puede decirse:

El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir (...)

Una política revolucionaria en el siglo XXI será aquella que abra cauce a la utilización más plena de ese caudal de inteligencia adquirida y que permita ponerlo en función de dar respuesta a los colosales desafíos que tiene la humanidad.





Oficina del Programa Martiano